

Consideraciones de experiencia misionera

DEL 11 al 15 de julio del año próximo pasado estuvimos reunidos en Loyola 113 misioneros, pertenecientes a nueve Institutos religiosos y al Clero secular. Se celebraba el Primer Congreso General de Misiones Populares. Fueron unos días felices, en los que bullía un afán impresionante de superación misionera. Las almas estaban en la primera línea de combate. El entusiasmo por salvar, por santificar, se desbordaba en catarata incontenible. Imponía mucho la estrategia misionera, los nuevos métodos, la experiencia de hoy y de hoy; pero todo era sombra al lado de la impaciencia por conquistar, por convertir, por defender espiritualmente a pueblos y naciones que se abrasan, algunos sin saberlo, en la sed de Dios.

Si, de naciones también. Que América vivió en el corazón de los misioneros con nostalgias de hija particularmente amada.

Decir que las misiones populares o parroquiales son elemento indispensable para la renovación de los pueblos; que encierran fuerza apostólica de primer grado, no sería más que confirmar el testimonio de la Iglesia por sus voces más autorizadas.

Decir que las Ordenes e Institutos religiosos, de la mejor solera misionera, cuidan con acendrado interés, estudian, se reúnen en asambleas, dedican sus hombres mejor preparados a este apostolado popular, no es descubrir nada nuevo; que el clero secular, de unos años a esta parte, con la bendición de sus Prelados, ha entrado, en edificante unión con los religiosos, a sus órdenes, por este camino real de dilatados horizontes parroquiales, tampoco es desconocido.

Pero sí quiero decir a los lectores de INCUNABLE algo de lo que apuntes en Loyola. Os tengo presentes en mi corazón a vosotros, amadísimos parroquianos; a todos los llamados misioneros; a todos los llamados a organizar una Misión. Que esos sencillos puntos de meditación sean mi modesta aportación al mecenazgo de las misiones populares.

Hay dos campos poco preparados todavía por la propaganda misionera: la población dispersa y los hombres de mar. Entre unos y otros suman muchos miles de almas. Se habla de algunos millones.

2 Una buena Misión es un buen misionero y una santa Misión es un santo misionero. Es de gran interés el «hombre». Que las almas vivan la persuasión de que su misionero es un apóstol de profundísima fe. Cuidad más que nunca vuestra oración, vuestra misa y vuestra piedad exquisita en el trato con las cosas sagradas. No os contentéis con sentiros fatigados, rendidos.

3 La propaganda por los altavoces requiere delicada atención. No todos están preparados para hablar ante un micrófono. A veces se producen efectos contrarios a los que se

Por el Excmo. y Rvdmo. Sr. don

Antonio ANOVEROS,

Obispo coadjutor de Cádiz

y Ceuta

buscaban. Las soflamas muy repetidas agotan la atención de los oyentes, cansan; pueden alejar más a los alejados.

4 Fuera de casos extraordinarios, un misionero no debe dar muchas misiones seguidas. Cabe también la rutina misionera. Somos humanos. El descanso da lugar a la recuperación espiritual, renueva la iluminación sacerdotal y el impulso apostólico.

5 El fruto inmediato de una buena Misión se manifiesta en las peticiones de bautismo, legalización de matrimonios, primeras comuniones, etcétera. No tengáis prisa. Que todos conozcan lo que quieren recibir; que se preparen. En general, es labor más propia del sacerdote que se queda que del misionero que se va.

6 Tened muy presente esta verdad: misionar es hacer cuanto se pueda porque las almas vivan en gracia de Dios. No nos deslumbre el espejismo de las multitudes reunidas, ni aun del número de los que han

(Pasa a la página 5)

incunable

PERIODICO SACERDOTAL

N.º 94 - FEBRERO, 1957 - Redacción: S. Pablo, 17. Salamanca - Administración: Vallehermoso, 38. - Tel. 379856. - Apdo. 10.059 - Madrid

VOLUMEN II.

PRECIO DE SUSCRIPCION: 60 PESETAS

NUMERO SUELTO: 8 PESETAS

LA IGLESIA NECESITA VIVIR

Reflexiones sobre el sistema del arancel

ESUS, al encomendar a sus Apóstoles el cuidado de las almas les concedió el derecho de recabar de su trabajo el sustento.

San Pablo reconoció este derecho (1), pero rehusó toda paga sustentándose, siempre que le fué posible, del trabajo de sus manos, esto es, de bienes patrimoniales como son calificados los que proceden de herencia, donación o ejercicio de una industria o arte profana, del mismo modo que pueden ser adquiridos por cualquier seglar.

Los Apóstoles y el primer clero no pretendieron ligar a los fieles con una obligación de justicia, pero éstos correspondían libre y generosamente con sus donativos.

El triunfo de la Iglesia reportó abundancia de medios materiales. Las iglesias tienen bienes económicos propios, fincas rurales generalmente, en una era histórica de economía casi exclusivamente agrícola.

INSUFICIENCIA DE LA CONSIGNACION A LA IGLESIA

EXPOLIADA inicuamente la Iglesia por el «gran latrocinio» de la desamortización y desecristianizadas regiones enteras, desprovista de sus posesiones y de la generosidad de los donantes de antaño, el clero se ve, en muchos casos, en la indigencia.

El peso de la conciencia ante un robo tan inmenso hizo que los gobiernos no pudieran menos de presupuestar a título de reducido interés, una asignación para la Iglesia, que aun los gobernantes más sectarios la consideran como una obligación a respetar en todos sus términos y en toda su integridad (2).

La malicia de los hombres, no poco también la debilidad humana, propensas a olvidar la historia y el peso de las deudas, y el infeliz curso de los aconte-

cimientos que ha devaluado poco a poco la moneda, ha hecho que el Estado no haya ido adecuando en el curso de los tiempos los nuevos presupuestos para la Iglesia a las nuevas circunstancias económicas. Sin que la responsabilidad caiga enteramente sobre nadie en concreto, puede definirse este fenómeno como un nuevo expolio progresivo de la Iglesia. Algún país, como Bélgica, ha aplicado, en los últimos tiempos, al interés debido por los bienes «desamortizados» una escala móvil por la que se eleva el presupuesto a medida que aumenta el coste de la vida.

En general son las Iglesias de los países latinos las que más han sufrido por esta puesta al sueldo del interés que los gobiernos quisieron asignarles. Los católicos se inhiben cómodamente con la falsa e inexacta excusa: «el Estado paga a la Iglesia» y de esta postura fácil y tacaña se origina a veces una situación de pobreza de las iglesias, parroquias y clero, verdaderamente indigna de un país católico.

Tenemos delante un catolicismo de calderilla. A la mayoría de los católi-

cos españoles, el mantenimiento del culto no les cuesta nada o sólo unos céntimos.

Hemos querido anteponer estas consideraciones por dos razones. La primera, para refrescar el verdadero concepto de la asignación del Estado a la Iglesia, que no es gratuita, ni es fruto de un gravamen al contribuyente español, sino una reparación económica que ninguna conciencia honesta, con sentido de la justicia, puede negar. Es una triste herencia que reciben los gobiernos de los desaciertos y desbarajustes de regímenes pasados.

En segundo lugar, queremos poner de manifiesto que, a pesar de toda la buena voluntad, por la actual evolución de la moneda, tal reparación se ha hecho de todo punto insuficiente para mantener decorosamente, sin el agobio de una mendicidad en gran escala, las obras católicas, el culto y el personal eclesiástico.

Tal penuria ha ocasionado una situación de pobreza, a veces, grave.

En el campo social—comentaba el Nuncio de Su Santidad—en la reunión anual de la Institución Arzobispo Claret—se señala como elemento objetivo de justicia que el obrero reciba un sa-

lario conveniente, atienda a su familia y esté asegurado para la enfermedad y la vejez, no menos de justicia es que la sociedad cristiana no abandone al sacerdote sin salario decoroso, sin seguros y sin posibilidad de descanso tranquilo (3).

No queremos extendernos más sobre esta cuestión batallona y escabrosa. Vamos a detenernos en otro punto no menos discutido pero que conviene afrontar valientemente: los aranceles.

EL REGIMEN ARANCELARIO NO ES SOLUCION

MUCHOS católicos, demasiado quiza, buscan en ellos la excusa para su catolicismo de calderilla.

Estudiemos primero el estado de cosas y discutiremos la oportunidad de tal sistema.

En esta cuestión, tan difícil de sortear, es peligroso tomar parte con cohecho propia de argumentos. Dejaremos éstos a las cifras estadísticas y a las citas.

De setecientos sesenta y seis respuestas a una encuesta dirigida a sólo párrocos rurales, que declararon sus ingresos en concepto de arancel, se deduce que trescientos doce tienen unos ingresos mensuales por este concepto, menores a las cien pesetas. Doscientos ocho oscilan entre cien y doscientas. Entre doscientas y cuatrocientas ingresan ciento treinta y cinco párrocos, y noventa y nueve entre cuatrocientas y seiscientas. Sólo doce sobrepasan las seiscientas.

En la diócesis de Vitoria la mayoría

(3) Memoria de la Institución. Año 1955, p. 4.



CRISTO EN LAS CALLES DE POLONIA

He aquí una impresionante fotografía: Cristo, solo, por las calles de una ciudad polaca. Una mujer LE ha visto. Una mujer, tan sólo, se arrodilla ante el Rey de Reyes que va por la calle como un ciudadano anónimo. La gente, en las calles. La gente, en su egoísmo, en su ignorancia cotidiana. La sujeción—¿cuánto durará Señor?—en las relaciones Iglesia-Estado, en Varsovia, ha hecho posible esta fotografía. Dios puede ir por la calle. Pero va solo.

ingresa menos de veinte pesetas mensuales. En la Archidiócesis de Burgos algunos párrocos reciben cantidades ridículas. En diócesis urbanas, como Madrid, el contraste es fuerte de la ciudad al campo donde la mayoría declara recibir por arancel menos de cien pesetas mensuales.

Preguntamos: ¿ingresos tan ridículos y desiguales, dentro de su insignificancia, son solución o ayuda de solución y merece que se sostenga «la parte—así opina un sacerdote de Almería—más violenta de nuestro ministerio, los aranceles»?

CRECIENTE SENTIMIENTO EN PRO DE UNA REFORMA

EL régimen arancelario no es, generalmente, solución para las parroquias del campo. No negamos que en casos peculiares pueda serlo. Lo contrario ocurre en las ciudades, donde las feligresías son extensas, existiendo también aquí excepciones no infrecuentes en el extremo opuesto.

La oportunidad de mantener el sistema en las ciudades va unida, además, a la respuesta que se dé a estas preguntas: el sostenimiento de tal régimen ¿es obstáculo para una mejor cura pastoral? ¿Impide la implantación de otras prestaciones económicas de los fieles más abundantes y menos violentas?

En todo caso, aunque la respuesta sea negativa, no se puede alegremente destruir un sistema sin la garantía de otro mejor, sin la seguridad de que los fieles van a suplir con sus presta-

(Pasa a la página 4)

